

de MARIA Señora de los Remedios, y derretido en amorosos deliquios aquel amante corazón, por el que siempre tuvo à tan gran Reyna, al despedirla de sus brazos oyeron algunos estas voces: **HASTA MAÑANA**, y esto fue la vispera de su muerte, que hizo sospechar à los juiciosos tenia luz de la hora de su fallecimiento.

En ocasion de estar juntos muchos Religiosos, prorumpio en estas voces hijas de su humildad: „ Yo deseaba „ morir, y acabar la vida en „ un monte entre los brutos, y „ las fieras, y no en este Santo „ lugar, hagase en mi la voluntad de Dios: por este humilde afecto le premió el Señor con que acabasse la vida en lugar tan santo. El dia antes de espirar concurren juntos quatro de sus Compañeros, pidiole uno de ellos les diese su ultima bendicion, y fue tan tierno este lance, que no les dio lugar à declararnos lo que sintieron sus pechos, aunque està por demás discurrirlo en ocasion tan dolorosa. Martes dia de la Transfiguracion del Señor, viendose tan agravado,

eran sus amorosos coloquios mas continuos, y los deseos de desatarse de las prisiones de la carne con mas anhelo: entre una, y dos de la tarde llegó al V. Padre el Enfermero, y le dixo: „ Ya es tiempo de „ ir à ver à Dios, y haciendo inclinacion con la cabeza, como quien tan de voluntad recibia este aviso, entró en el ultimo conflicto.

No parecia que agonizaba, sino que dormia, porque no le hizo estremecer la muerte, ni se arrancaba aquel espíritu, quando tan voluntario se iba à su centro. Entond el Credo el Vicario de Coro, y aquella numerosa, y siempre Venerable Comunidad continuó el canto con aquella tan devota pausa, que à todos los que la hemos oido mueve à afectuosa ternura, y concluido el Credo, al entonar el Cantico: **NUNC DIMITTIS SERVUM TUUM, DOMINE, SECUNDUM VERBUM TUUM IN FACIE** dio su espíritu al Señor abrazado de la Imagen del Crucifijo, con tan suave respiracion como un suspiro. Los ojos quedaron abiertos, y tan claros, que

CAPITULO XXX.

Aclamacion de su virtud en su muerte, y el Entierro honorifico con que se desempeñó la Piedad Mexicana.

ENTRE los varios ritos con que honraba la Antigüedad los difuntos cadaveres de personas insignes, hace mencion Enrico Kormano en sus obras curiosas, de que suspendian los difuntos de los arboles, otros los arrojaban al mar: consumianse unos en las llamas, y los mas se sepultaban en la tierra, haciendo à los quatro elementos arbitros de aquellas apagadas vidas, de quien segun la variedad de opiniones atribuian aver tomado de alguno de ellos su natural principio. Antes de esconder el difunto cadaver del V. Fr. Antonio en la tierra del sepulcro, hizo la piedad, y fineza sirviessen los otros tres elementos à la funesta pompa de su Pyra. Resonó el ayre en la voz clamorosa con que lamentaban su muerte, pues apenas hizo reseña la Sta. Iglesia Ca-

que parece robaron la luz à dosestrellas. Tenia el V. Padre setenta años de edad, menos doce dias, que ay de seis, à diez y ocho de Agosto en que nació al mundo, y renació para el Cielo. Contaba de Abito cincuenta, y tres años, y tres meses, todos ocupados en devotos ejercicios. Murió el V. Padre Fr. Antonio, cayó aquella inocente Vida, no como fruto sacudido con violencia al pie del tronco, sino como desprendido maduramente del ramo. El cuerpo quedó flexible, y tan desaparecidas las huellas de la Parca, que fue preciso acudir à la falta de respiracion, y otras observaciones practicas, para assegurar, que avia muerto. Cantose luego el responso, y se fue la Comunidad à rezar la Estacion del Santissimo en la Capilla, costumbre de aquella en todo Religiosissima Provincia, de quien la aprendió mi Santo Colegio. Lo que à la muerte fue sucediendo darà suficiente assumpto para formar el Capitulo siguiente.

thedral à las tres de la tarde del día seis, quando en dolorosos ecos correspondieron los Conventos todos de la Religión: y al funesto redoble de los bronzes acudían en tropel confuso à Nro. Convento personas de todos estados, y esferas, q̄ atraídos del suave olor de su nombre, rebofaban los labios lo que ya tenía concebido el corazón. Por las calles voceaban los Niños, murió el Santo Padre Margil, y los mas circunspectos le llamaban sin rebozo Varon Santo. Avia se ya compuesto con su mortaja el cadaver, y al verle en la tierra aquellos Ilustres Ciudadanos, lo sepultaban en el mar de sus lagrymas: y en el fuego de su pecho ardía la hoguera, en que noblemente se abrafaba.

Reconociendo el M. R. Padre Ministro Provincial, que al ver quebrado aquel precioso Alabastro, podía arrojarle la indiscreta piedad à excessos no permitidos, mandó expressamente à todos los Religiosos no tomassen las pobres alhajas del Difunto, reservandolas todas con cautela. Todo fue necessario, pues ape-

nas amortajado el cadaver se abrió la puerta, quando de tropel se abanzaban à tomar alguna cosa, que huviesse servido à su uso, y así ni los pañizuelos, que le avian aplicado, ni las vasijas de bebidas, y unturas pudieron reservarse del piadoso hurto. Algunos Bienhechores de la primera nobleza trataron de sacar alguna copia de este exemplar de virtudes para recuerdo de su feliz memoria. No permitiera su humildad viviendo este corto aplauso, y aun parece lo resistía ya difunto, pues el Insigne Pintor Juan Rodriguez, que vivía entonces, siendo tan diestro en copiar facciones, como sabe todo este Reyno, sudaba copiosamente al querer trasladar los lineamentos de aquel difunto cuerpo à la tabla, y confesó averle costado inmensa fatiga poder formar retrato, que algo se le pareciese. Era propriamente copiar al robo, como llaman los Pintores, pues llevaron los pinzeles las facciones del venerable rostro contra la voluntad de su dueño. Estos retratos se han difundido sin otro lustre, que el que

el que usa la comun estimacion con personas dignas de especial memoria, y de quienes no es razon se sepulten heroicos hechos.

Estaba colocado el difunto cuerpo en la Capilla de la Enfermeria con asistencia continua de muchos Religiosos: y advirtiendo el Prelado Superior de aquella Santa Provincia ser ya mucho el concurso, lo hizo baxar à la Iglesia, donde cerradas las puertas de hierro de la Capilla mayor, se dio consuelo à la multitud, que con ansias desseaba verlo. Bien quisiera la prudencia Religiosa, para obviar excessos, darle al día siguiente sepultura, mas eran tantos los clamores de toda la Ciudad, que se sucedían en concurso, juntando la noche con el día, que se retardó el entierro hasta el día tercero. Dio lugar à esta resolucion la flexibilidad de sus miembros, lo tratable del cuerpo, sin despedir mal olor, ni registrarse en todo el los horrores de la mortalidad, antes si señaladamente aquellos pies, que tantas leguas pisaron descalzos la desnuda tierra, y que como

vieron muchos, y vi yo tambien tenían muchos callos, que le mortificaban en sus caminos, se reconocieron muelles, blancos, y tan tiernos, como la carne de una criatura. Hablando de esta particularidad en la aprobacion del primer Sermón funeral el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Don Carlos de Bermudez, y Castro, Meritissimo Arzobispo, que fue de Manila, dirige su razonamiento al Orador, y dice: „ Solo no le disculpare, ni perdonare à su gran cordura, q̄ se desentendiesse de la particularidad, que todos observaron en los pies del Religioso cadaver, tan dociles, tan tratables, tan hermosos, sin ruga, y sin nota alguna. Pies, que anduvieron tantos millares de leguas tan descalzos, y fatigados en los caminos, tan endurecidos en los pedregales, tan enlodados en los pantanos, tan quebrantados en las montañas, tan lastimados en los peñascos, tan engrentados en los espinos: „ como todos sabemos: „ parece prodigio, mas que contingencia: pues muchas vezes el „ Señor

„ Señor se digna de manifes-
 „ tar allí su aceptación, como
 „ la predicación de S. Antonio
 „ en la incorrupción de su len-
 „ gua: la limosna de S. Esteban
 „ Rey en la incorrupción de
 „ su brazo, &c. Con semejan-
 „ tes elogios hablan los Erudi-
 „ tísimos Aprobantes de los
 „ quatro Sermones de sus hon-
 „ ras, concluyendo con decir,
 „ fueron estos pies en el feretro
 „ el blanco de las atenciones de
 „ la Ciudad de Mexico.

„ Dio testimonio de la flexi-
 „ bilidad del cadaver el Maes-
 „ tro de Cirugia Joseph Beni-
 „ tez, preguntado del M. R. P.
 „ Provincial, firmandolo de su
 „ mano en esta forma: „ Avien-
 „ dome mandado su Paterni-
 „ dad, el que viesse, si el cada-
 „ ver tenia algunas cosas espe-
 „ ciales, ó sobrenaturales, ha-
 „ llé, A CAPITUM USQUE AD
 „ CALCEM una suavidad, ó fle-
 „ xibilidad, que parece guar-
 „ daba mucho del tempera-
 „ mento nativo. Y pasando al
 „ tacto natural de la mano, su-
 „ PER CAVITATEM VITA-
 „ LEM, excedia mas calor, y
 „ juntamente los músculos de
 „ los ojos muy flexibles, guar-

„ dando venas, arterias, y liga-
 „ mentos quasi su contextura
 „ natural: pues parecia la san-
 „ gre, que se circulaba, vertien-
 „ do por el rostro un color
 „ muy rozagante sin mala fi-
 „ gura en la boca, nariz, ni otra
 „ parte alguna, que pudiera
 „ por razon de cadaver. To-
 „ das estas cosas tuvo despues
 „ de mas de diez horas de mu-
 „ erto. Y en caso de necesidad
 „ jurarè en debida forma, &c.
 „ como lo haria si viviesse. Lo
 „ mismo pudiera certificar el
 „ Enfermero Fr. Juan de Cara-
 „ bajal, que ya es difunto, y de-
 „ xó escrito, que despues de mu-
 „ erto el V. Fr. Antonio le cor-
 „ ría el sudor por el pecho, como
 „ si estuviera vivo, y q̄ permane-
 „ ció caliente hasta el sepulcro.

„ Colocado, como va di-
 „ cho, el V. cadaver en la Capi-
 „ lla mayor de la Iglesia el Mier-
 „ coles siete de Agosto, se espar-
 „ ció por toda la Ciudad esta
 „ noticia, y como la virtud es
 „ un hermoso atractivo Imán
 „ para las veneraciones, era co-
 „ sa maravillosa la concurrencia
 „ de Personas Ecclesiasticas,
 „ Religiosos, y Cavalleros Ilus-
 „ tres, que venían à visitar aquel
 „ noble

noble deposito, que lo fue de
 tan bendita alma. Las demof-
 traciones de tan benemeritos
 sujetos levantaba de punto la
 aclamacion del Pueblo: pues
 veían hombres de tanta auto-
 ridad, y juicio, arrodillados
 en tierra, con un sagrado silen-
 cio besar los pies del Siervo de
 Dios, en que no se podia atri-
 buir esta accion respetosa à be-
 leidad inconsiderada, sino à la
 veneracion, que es à una vir-
 tud solida muy debida. Eran
 estas demostraciones devotas
 tan continuas en personas del
 caracter mas religioso, que ya
 le pareció exceso al Prelado de
 aquella Sta. Provincia, y pro-
 curò atajar con razones dicta-
 das de su prudencia lo que ya
 se le figuraba especie de no de-
 bido eulto: mas con toda mo-
 destia desvaneció sus temores
 un Venerable Ecclesiastico,
 diciendo: M. R. P. ya sabemos
 hasta donde podemos llegar
 sin propassarnos en tan delica-
 do punto. Como la aclama-
 cion iba creciendo, y no se mi-
 noraba, antes hacia olas el
 concurso, fue preciso poner
 guardas de los Soldados de
 Palacio, y mayor numero de

Religiosos, que defendiesen
 la integridad del cadaver: ya
 que no podían, aunque se hi-
 ciesen Argos, escusar le desnu-
 dassen à pedazos el Santo Abi-
 to: que fue necesario mudarle
 la mortaja varias vezes.

No se tenia por dichoso,
 el que no besaba sus hermosos
 pies: y ya que no alcanzasse al-
 guna particula de su Abito, se
 contentaban con tocar al cuer-
 po rosarios, medallas, y otras
 cosas como pañuelos delica-
 dos las mas Señoras, para me-
 moria de la piadosa fe de la
 virtud de este Varon tan me-
 morable. Los que no podían
 conseguir prenda del difunto,
 pedían con devotas lagrymas
 algunas flores de las que ador-
 naban el cadaver: y era precif-
 so estar continuamente sem-
 brando de flores el atahud, de
 las que ofrecia recientes la de-
 vocion, porque se las volviess-
 sen mas fragrantés con el con-
 tacto de aquellas manos. Fue
 en los tres dias aquel funesto
 lecho con toda propiedad un
 Lectifernio, como aquel que
 describe Valerio Maximo L.IB.
 2. CAP. I. con que ennoblecian
 las flores los horrores de los
 sepul-